



Adolfo Celdrán

Como un leve dolor en las sienes

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Adolfo Celdrán

Como un leve dolor en las sienes

PERSONAJES

JUAN.

EVA.

PABLO. (Compañero de Juan, mayor que él. En el 2.º acto aparecerá caracterizado de CAMARERO, y responderá al nombre de JULIÁN).

ANTONIO. (Padre de Eva).

ANSELMO. (Amigo de Antonio).

CONCHA. (Mujer de Anselmo).

NIÑO. (De entre 7 y 10 años).

HOMBRE DE BATA BLANCA.

Acto I

Escena I

Estancia amplia y desnuda. Hay dos hombres JUAN y PABLO, separados, durmiendo. La ropa inicial de los dos actores será similar y neutra: camisa y pantalón gris claro o blanco y amplios, por ejemplo. Al cabo de un tiempo uno, JUAN, se despierta y observa todo como por primera vez. Por fin se sienta frente al otro, PABLO, que da vueltas dormido. En una de esas vueltas, PABLO ve a JUAN. Se despereza y le dice:

PABLO.- Por fin te has despertado. (JUAN asiente medio dormido.) ¿Cómo te llamas? (JUAN calla.) ¿No te llamas nada? Eres mudo. (JUAN niega. PABLO se encoge de hombros y se levanta. Se estira, despreocupándose.).

JUAN.- ¿Dónde estoy?

PABLO.- ¡Hombre!

JUAN.- Me duelen las sienes. Como si me quemasen.

PABLO.- Habrás estado enfermo.

JUAN.- No. No sé.

PABLO.- Te trajeron aquí anteanoche, mientras yo dormía. Has dormido más de veinticuatro horas, ¿sabes?

JUAN.- ¿Quién me trajo?

PABLO.- No sé. Estaba dormido, ya te lo he dicho. ¿No recuerdas nada? (JUAN niega con la cabeza.) No te preocupes, aquí estarás a gusto, ya verás. ¿Tampoco tu nombre? (JUAN se encoge de hombros.) Vamos a ver, vamos a ver... Antonio... ¿no? No... Tal vez... José. (JUAN escucha, sin hacer un solo gesto.) No. Carlos. ¿Carlos? Tampoco... No te llamarás Pablo, ése es mi nombre... No. ¡Juan! Eso es, Juan. ¿Juan?... ¿Juan? No dices nada... Sí, veo que tus ojos brillan... lo has recordado, ¿verdad?.

JUAN.- No sé.

PABLO.- ¡Venga, esfuérzate!

JUAN.- No sé... tal vez.

PABLO.- ¿Ves? ¿Ves? ¡Esto ya va muy bien! El principio siempre es así, muy leve, como la luz de una cerilla, pero luego todo va volviendo poco a poco.

JUAN.- Juan... Juan.

PABLO.- Eso es, debes ir acostumbrándote de nuevo.

JUAN.- ¿Y tú?

PABLO.- ¿Y yo qué?

JUAN.- ¿Y tú quién...?

PABLO.- Ya te lo he dicho antes... Soy Pablo.

JUAN.- Ah, sí, claro... perdona. (Silencio.) ¿Es ésta tu casa?

PABLO.- Sí. La mía... y la tuya.

JUAN.- ¿La mía también?

PABLO.- Sí. Al menos desde que te trajeron.

JUAN.- Y ¿antes?

PABLO.- Antes era mía sólo.

JUAN.- No. Quería decir... que si antes... que antes ¿cuál era mi casa? (PABLO se encoge de hombros.) ¿No tenía casa?

JUAN.- No sé.

PABLO.- O... ¿Tal vez no ha habido antes?

JUAN.- Tal vez. No sé, te conozco sólo de hace un momento. (Silencio.) ¿Jugamos a las cartas?

JUAN.- Bueno.

PABLO.- ¿Brisca? ¿Tute? ¿Julepe? ¿Póquer?

JUAN.- ¡Al póquer!

PABLO.- Al póquer. (Saca una baraja del bolsillo.) ¡Buena elección!

JUAN.- No... tengo dinero.

PABLO.- Jugamos con piedras.

JUAN.- ¡Ah!... (PABLO saca un puñado de piedras y las reparte.) ¡Oye...! ¡Sé jugar al póquer!

PABLO.- ¡Eso habrá que verlo! (Reparte.)

JUAN.- (Tomando sus cartas.) ¡Quiero decir que recuerdo...!

PABLO.- Claro... Recuerdas muchas cosas... Habla.

JUAN.- ¡Hablar, claro...!

PABLO.- ¡Venga!

JUAN.- Y mi nombre.

PABLO.- Ah, claro; y tu nombre.

JUAN.- Y..., y...

PABLO.- ¡Y jugar al póquer! Juega.

JUAN.- Sí... dos, dame dos.

PABLO.- Espera, abre antes... ¿Tienes para abrir?... Una pareja de jotas como mínimo.

JUAN.- Sí... Tres piedras. (Las pone.)

PABLO.- Vale. (Las pone.)

JUAN.- Dos.

PABLO.- Toma...Yo, una. (Sirve.)

JUAN.- ¿Una?

PABLO.- Sí... ¿Qué dices?

JUAN.- Preguntaba cuantas habías pedido.

PABLO.- Digo que si apuestas.

JUAN.- Ah. Pues... dos más. (Pone dos piedras más.)

PABLO.- Esas y otras tantas. (Las pone.)

JUAN.- (Piensa.) Igualo.

PABLO.- ¿No subes?

JUAN.- No, no.

PABLO.- Vaya, pues full. (Enseña las cartas.)

JUAN.- Lo sabía... Tú ganas: Trío solo.

PABLO.- (Recogiendo y barajando.) Es un juego muy divertido. E instructivo. Ya estaba un poco harto de hacer solitarios.

JUAN.- ¿Te aburrías?

PABLO.- No sé. A lo mejor. ¿Das tú?

JUAN.- Déjalo. Prefiero que sigamos hablando.

PABLO.- (Recoge las cartas y las guarda. Quedan en silencio.) Bueno... habla.

JUAN.- ¿Qué?

PABLO.- No sé, ¿no querías hablar?

JUAN.- ¿Y qué quieres que diga? (Pausa.) Es gracioso..., pero me parece como si estuviéramos conversando... aunque estemos callados.

PABLO.- ¿Y de qué conversábamos?

JUAN.- ¡De nada...!

PABLO.- (Sin entender.) Ah...

JUAN.- Me siento a gusto.

PABLO.- ¿Ves? Ya te lo decía yo.

JUAN.- Tengo la sensación de estar en una pequeña barca, en medio de un mar muy grande, pero muy quieto... (Un silencio.)

PABLO.- ¡Claro!... Tú eres... Tú has vivido junto al mar, en la costa. Y a lo mejor eres marinero.

JUAN.- Tal vez... o lo he visto en un viaje.

PABLO.- No te acordarías de ese modo tan...

JUAN.- O tal vez sí.

PABLO.- Si te pones así no vamos a sacar nada.

JUAN.- Y... ¿Qué haría? ¿Pescar?

PABLO.- Sí...

JUAN.- Es bonito.

PABLO.- Tienes suerte... Es una profesión muy bonita.

JUAN.- Debe serlo...

PABLO.- ¿Te acuerdas de cómo se hace?

JUAN.- Se echan redes desde el barco.

PABLO.- ¿Se cogen muchos peces?

JUAN.- Sí.

PABLO.- A mí me hubiera gustado ser pescador, como tú.

JUAN.- ¿Qué eres?

PABLO.- Creo que soy... Creo que era portero...

JUAN.- Es bonito... ¿Tampoco tú te acuerdas de antes?

PABLO.- De muchas cosas sí.

JUAN.- ¿También te trajeron ellos?

PABLO.- Sí.

JUAN.- ¿Cuándo? ¿Hace mucho?

PABLO.- Sí. (Un silencio.)

JUAN.- ¿Y por qué dejaste de ser portero?

PABLO.- Creo que tuve un accidente.

JUAN.- ¿Te atacaron? ¿Te hirieron?

PABLO.- Algo así, no recuerdo... Creo que... (Avergonzado.) Creo que la culpa fue mía.

JUAN.- ¿Te lo han dicho ellos?

PABLO.- No, no, pero... (Un silencio.)

JUAN.- ¿Y aquí qué se puede hacer... aparte de hablar?

PABLO.- Se puede jugar a las cartas.

JUAN.- ¿Y de jugar a las cartas?

PABLO.- No sé. Se puede dormir, y comer.

JUAN.- ¿Y nada más...?

PABLO.- Se puede... hacer gimnasia... y pensar... (Se encoge de hombros, piensa... por fin recuerda.) Y si te gusta leer...

JUAN.- ¿Leer?

PABLO.- Sí... Es bueno para... recordar...

JUAN.- ¿Tú lees?

PABLO.- Leía. Al principio.

JUAN.- ¿Cuando eras portero?

PABLO.- No, no... bueno, supongo que también. Digo luego, aquí.

JUAN.- ¿Tienes libros?

PABLO.- Sí...

JUAN.- ¿Me puedes dejar alguno?

PABLO.- Sí... Están ahí fuera, en la entrada, junto a la comida.

JUAN.- ¿Puedo...?

PABLO.- Sí, hombre, ve ¡Y trae los platos! (JUAN se levanta y sale.) ¡Y cuidado, que por abajo manchan de negro y te pones las manos perdidas! (JUAN vuelve inmediatamente con tres o cuatro libros muy usados y un plato de comida que le da a PABLO.) ¿No estaba tu plato?

JUAN.- Sí, ahora enseguida lo recojo. (Se sienta, escoge un libro, lo abre y lo mira. Su gesto de felicidad va desapareciendo.) Creo que no sé leer.

PABLO.- (Dejando de comer.) Seguro que sí. ¡Con las cartas te apañabas! Además, tienes cara de saber leer. Pronto lo recordarás. (Vuelve a comer.)

JUAN.- ¿También a ti te ocurrió?

PABLO.- (Con la boca llena, ayudándose de gestos.) Sí.

JUAN.- (Mira el libro en silencio.) Y... ¿Tú solo...?

PABLO.- No. Me ayudó Lucas, que ya sabía.

JUAN.- ¿Lucas?

PABLO.- Lucas, mi anterior compañero. ¿No te he hablado de Lucas? (Pausa.) Cuando yo llegué, él ya estaba aquí. Era alto, delgado, con una gran barba... Y leía muy bien...

JUAN.- ¿Se... fue?

PABLO.- Sí. Mucho antes de que te trajeran... Ahora tengo que ayudarte yo a ti. Ven. (PABLO rebaña el plato y lo deja en el suelo.)

JUAN.- (Se acerca a PABLO y se sienta junto a él, mirando el libro que ahora sostienen entre los dos.) ¿Por qué?

PABLO.- ¿Por qué qué?

JUAN.- ¿Que por qué me vas a ayudar?

PABLO.- No sé. Porque Lucas lo hizo conmigo.

JUAN.- ¿No te obligan ellos?

PABLO.- ¡No! Bueno, no sé... Tal vez sí... Sí, creo que sí.

JUAN.- No te gusta leer.

PABLO.- Antes, con Lucas, sí. Era divertido leer con él, entendía muy bien los libros... Pero me cansé. ¡Tanta letra...!

JUAN.- Estos libros los habrás leído ¿no?

PABLO.- No sé, los cambian. Antes, cuando leía, los dejaba ahí afuera y ellos, al día siguiente, con la comida, me traían nuevos. Ahora, como sólo cojo la comida... Supongo que creerán que los leo todos y me los cambiarán cada día... ¿A ver? (Mira los libros.) No sé, no recuerdo. Tengo muy mala memoria... (Pausa.) ¡Venga, empecemos a trabajar! Mira, esa es la Pe. Pe de Pablo. Y ésta la eme. Esto es un punto, ¿ves? Es pequeño, ¿eh? Pues sirve para separar frases. Como la coma, pero más... No es cierto eso de que se crean que me leo los libros. Saben que no me los leo, lo saben...

JUAN.- Ésta es la jota.

PABLO.- ¡Muy bien!

JUAN.- Como en la baraja.

PABLO.- Sí, eso es, como en la baraja. ¡Y como Juan! ¿Ves?

JUAN.- (Mirándolo sorprendido.) ¿Eh? Ah, sí, sí... Y ésta es la P ¿no?

PABLO.- Sí, eso es.

JUAN.- Y ésta la eme.

PABLO.- Bien, muy bien... Se te va a helar la comida.

JUAN.- Sí, sí. Como enseguida.

PABLO.- Cuando recojas tu plato, de paso dejas el mío.

JUAN.- De acuerdo, de acuerdo. (Sigue con el libro.)

Escena II

La misma estancia que en el cuadro anterior. En las paredes pueden verse algunos dibujos elementales realizados empleando hollín. Son dibujos geométricos. JUAN, de pie y con un plato vacío en la mano izquierda, va pintando las paredes con los dedos, utilizando el hollín de la parte de abajo del plato. PABLO barre, mientras riñe paternalmente a JUAN.

PABLO.- Cuando vengán y vean lo que estás haciendo nos la vamos a cargar.

JUAN.- Así el cuarto está más bonito.

PABLO.- No me gustan esos mamarrachos.

JUAN.- A mí sí.

PABLO.- ¿Qué son?

JUAN.- No sé.

PABLO.- ¿Ves? Si no son nada, son mamarrachos ¿A ti no te dijo tu madre que no pintaras en las paredes?

JUAN.- No.

PABLO.- Te lo dijo pero no te acuerdas.

JUAN.- Bueno.

PABLO.- Te lo van a hacer borrar con la lengua... ¡Con el culo! Te lo van a hacer borrar con el culo: te van a hacer ponerte culo a la pared y chas, chas, mover los cachitos a un lado y a otro hasta que se te pongan negros. Entonces te los lavas y otra vez. (JUAN sonríe.) Ya veras t , ya verás qué divertido. Y qué guapo que vas a estar t  con los pantalones bajados, el culo negro y haciendo de escoba. No te hará gracia, no. Entonces el que se reir  ser  yo. Ser s el ser más ridículo de... de... ¡de este cuarto! (JUAN deja de pintar y se sienta.) ¡Vaya, me alegro de que mis palabras sirvan de algo!

JUAN.- No, no. Es que se me ha acabado la pintura. Es una pena que los platos vengan tan poco tiznados.

PABLO.- ¿El señor desea que los platos vengan más negros aún? El señor es un señor original. (JUAN se limpia las manos en un trapo, coge un libro y comienza a buscar una página.) Y después de la pintura, la lectura; y aquí el esclavo barre que te barre.

JUAN.- Hoy era tu día de servicio, ¿no?

PABLO.- S , pero está el compa nerismo, la solidaridad, esas cosas.

JUAN.- ¿Y mañana?

PABLO.- Ah, no. Mañana es mi día de descanso.

JUAN.- ¿Mañana leer s t ?

PABLO.- No, no ¿No has oído que mañana es mi día de descanso?

JUAN.- Y, claro, el señor mañana no leer  porque en los días de descanso...

PABLO.- No se lee: se descansa.

JUAN.- ¿Y en los de trabajo?

PABLO.- Sólo faltaba que además de barrer y limpiar tuviese que ponerme a leer.

JUAN.- Pero t  antes...

PABLO.- Antes era antes. Y ahora es ahora.

JUAN.- Peor para ti. (Señalando el libro.) ¿Sabes? Aquí cuenta cómo navegaban miles de hombres en barcas hermosas y cómo luchaban con trajes y espadas brillantes, peleando bajo la mirada de los dioses...

PABLO.- Sí... Creo que lo leí hace tiempo.

JUAN.- ¿Cuántos dioses hay?

PABLO.- Bueno... Depende de la novela.

JUAN.- Es como si estuvieras allí. Parece... Parece que seas tú mismo uno de ellos.

PABLO.- ¿Yo?

JUAN.- Yo, yo que soy el que lo leo.

PABLO.- ¿Uno de los dioses?

JUAN.- De los hombres.

PABLO.- Ah.

JUAN.- Porque esto ha sucedido así de verdad, ¿no?

PABLO.- Sí... Pero hace ya mucho.

JUAN.- Es como si estuviese ocurriendo ahora... O como si acabase de pasar y estuviéramos recordándolo juntos.

PABLO.- ¿Quién?

JUAN.- No sé, todos. El que lo escribió, los miles de hombres que lo vivieron... y tú si no fueras tan bruto. (Intenta leer.)

PABLO.- Vaya hombre. Pareces Lucas. Él también me reñía... y también él lo vivía así, como si pasase dentro de su cabeza. Parecía que en un momento iban a salir todos esos hombres y esas barcas y nos iban a poner esto perdido de agua y barro, ahora que lo he dejado tan limpio.

JUAN.- (Dejando de leer.) ¡Pablo!

PABLO.- ¿Qué?

JUAN.- ¿Por qué estamos aquí?

PABLO.- ¿Cómo?

JUAN.- Que por qué estamos aquí.

PABLO.- No sé, en algún sitio hay que estar, ¿no?

JUAN.- Pero estamos aquí.

PABLO.- ¿Si estuviésemos en otra parte no lo preguntarías?

JUAN.- Sí.

PABLO.- Entonces no tiene sentido.

JUAN.- Sí lo tiene ¿Qué hacemos aquí?

PABLO.- Vivir.

JUAN.- ¿Para qué?

PABLO.- No se vive para nada... Se vive...

JUAN.- ¿Siempre aquí?

PABLO.- No.

JUAN.- ¿No?

PABLO.- Bueno, yo no dije...

JUAN.- Tú dijiste que no.

PABLO.- Sí, sí... Quise decir que suponía que no...

JUAN.- No dijiste que suponías. Dijiste sólo no.

PABLO.- ¡Bueno, bueno...! Es que ellos...

JUAN.- ¿Qué ellos?

PABLO.- Los... los que te trajeron... Pues me han dicho...

JUAN.- Dijiste que no les habías visto, que estabas durmiendo.

PABLO.- (Como justificándose.) Fue otra vez, antes de que te trajeran. Vinieron a verme... Me dijeron que, si todo marchaba bien, lo arreglarían y podría... salir...

JUAN.- ¿Quieres irte?

PABLO.- ¡No, no! Yo no.

JUAN.- Sí, sí. Yo sé que quieres irte. Pero entonces ¿por qué no te vas? No estamos encerrados, la puerta está abierta ¿no?

PABLO.- ¿Por qué no te vas tú?

JUAN.- ¿Yo? Porque... No sé. Tal vez porque la puerta está abierta. (Un silencio largo.)

PABLO.- ¿Quiénes eran tus padres? ¿Dónde naciste? ¿Qué sucedió el día que cumpliste siete años? ¿Ves? No podemos ir por ahí diciendo: «No recuerdo nada, no recuerdo nada».

JUAN.- Podemos decir la verdad: que tuvimos un accidente y olvidamos todo.

PABLO.- ¿Qué accidente? ¿Crees que alguien puede creérselo? Pensarán que somos delincuentes, que pretendemos ocultar algo. Y yo temo que alguno sepa qué pretendemos ocultar.

JUAN.- ¡Yo no pretendo ocultar nada!

PABLO.- ¿No? ¿Cómo lo sabes?

JUAN.- ¡Yo...!

PABLO.- Aunque fuera así, aunque fueras de verdad inocente ¿Cómo sabrías que no tenían razón? Aunque mintiesen ¿Cómo sabrías que te estaban mintiendo? Tendrías que reconocer tu culpa.

JUAN.- ¡Pero qué culpa!

PABLO.- ¡Y yo qué sé! Por eso hay que seguir pensando, recordando. Sólo cuando lo hayamos recordado sabremos qué tenemos que negar y podremos salir de aquí sin miedo. Lo que ocurre es que hay veces en que me canso, y me abandono; dejo pasar los días... Pienso que nunca lo conseguiremos. (Un silencio.)

JUAN.- Voy a salir.

PABLO.- ¡Estás loco!

JUAN.- No, no lo estoy. Lo estaría si me quedase.

PABLO.- ¿Y yo?

JUAN.- ¡Vente!

PABLO.- ¡No!

JUAN.- Entonces espérame. Te contaré como es aquello.

PABLO.- ¡Pero si ya lo sabemos, lo hemos visto muchas veces!

JUAN.- ¿Tú lo has visto?

PABLO.- Sí. Desde la puerta.

JUAN.- Desde la puerta sólo se ve un muro.

PABLO.- ¡Y qué más da!

JUAN.- Quiero pasear, encontrarme con otras personas, saber cómo hablan y cómo callan, ver adonde van, cómo son sus rostros desde cerca, cómo son sus casas, sus bibliotecas, sus cocinas...

PABLO.- ¿Y si alguien te pregunta?

JUAN.- Ya me las arreglaré.

PABLO.- Ya me las arreglaré no, que también tengo yo que perder en esto... Además, no quiero que te pase nada... ¿Qué haría yo otra vez solo, sin nadie con quien pelearme?

JUAN.- No pasará nada. (Hace ademán de irse.)

PABLO.- ¡Espera, espera! Vamos a repasarlo todo. Te llamas Juan. Eres marino... sigue.

JUAN.- Creo que nací en...

PABLO.- No, no. ¡No se puede decir «creo que nací»!

JUAN.- Nací al otro lado del mar, en una aldea con playa y puerto.

PABLO.- Eso sí, sin el creo.

JUAN.- Es que no estoy seguro.

PABLO.- Pues te tragas tu inseguridad. Tienes que estar seguro de esas cosas; aunque no lo estés. Lo entiendes ¿no?

JUAN.- Sí.

PABLO.- ¿Cómo se llamaba tu padre?

JUAN.- E... Juan.

PABLO.- ¿Juan también?

JUAN.- Sí... ¿no?

PABLO.- (Moviendo negativamente la cabeza.) ¿Juan también?

JUAN.- Pues... Sí.

PABLO.- ¿Seguro?

JUAN.- Bueno, seguro... ¡Seguro!

PABLO.- ¿Y tu madre?

JUAN.- Helena.

PABLO.- ¿Seguro?

JUAN.- Sí, sí... Era muy bella... y me quería mucho... Tenía un hermoso pelo largo. Paseábamos junto al mar, por las tardes, antes de ponerse el sol...

PABLO.- ¿Y la escuela?

JUAN.- No sé... Como todas las escuelas.

PABLO.- (Moviendo la cabeza.) ¿Y el maestro?

JUAN.- Era un buen hombre. A veces se enfadaba, pero era bueno. Tan alto, tan delgado, con aquellas barbas impresionantes... Todavía recuerdo como me enseñaba las primeras letras...

PABLO.- Bien, bien. No sólo hay que recordar, ¿sabes? También hay que saber expresarse... decirlo. Y tú lo haces muy bien.

JUAN.- ¿Y si me preguntan algo que no recuerdo?

PABLO.- Callas... O inventas sobre lo que recuerdes.

JUAN.- Pero...

PABLO.- O quédate.

JUAN.- (Breve silencio.) No te preocupes. (Sale.)

Escena III

PABLO está pintando una pared con las manos manchadas de hollín. JUAN entra radiante.

JUAN.- ¡Pablo, Pablo!

PABLO.- ¡Juan...!

JUAN.- (Va hacia PABLO, le coge las manos y luego lo abraza. Como PABLO tiene las manos tiznadas, JUAN se tizna las suyas y luego le tizna la espalda de la camisa.) ¡Es maravilloso! Hay sol y cielo y árboles. Y gente que pasea...

PABLO.- ¿Te preguntaron algo?

JUAN.- No, allí nadie pregunta nunca nada. Al principio tenía miedo, pero poco a poco se me fue quitando. ¿Sabes? Cada uno va a lo suyo, no se meten contigo.

PABLO.- Y ¿cómo son?

JUAN.- Son... no sé, se parecen a ti y a mí, pero son muchos más... Se mueven cada uno en una dirección sin tropezar, como muy bien dirigidos por alguien...

PABLO.- ¿Y no te miraron de una forma...?

JUAN.- No. Hacen como si no se dieran cuenta de que no eres uno de ellos.

PABLO.- No hay que confiarse... ¿Y qué más?

JUAN.- Está el cielo, azul azul, como una habitación de paredes muy muy altas... Y las casas y los árboles, que lo sostienen. Y el sol, que es como una ventana que da calor. Igual igual que en los libros, ¿recuerdas?

PABLO.- Apenas...

JUAN.- ¡Pero si te lo leí hace cuatro días!

PABLO.- Sí, sí, me acuerdo que me lo leíste. El sol sí, eso sí, pero no que era tan... Me pasa siempre... Por eso me recupero tan mal.

JUAN.- Me sentía como Ulises conquistando Troya, y esta habitación era el caballo con el que habíamos entrado en la ciudad, y tú eras mi tropa, que me esperaba en la panza del caballo mientras yo hacía un reconocimiento. (Pausa.) Y hablé con una chica.

PABLO.- ¡Hablaste! ¡Pero no dijiste que nadie...!

JUAN.- Sí, sí, nadie me preguntó nada. Fui yo el que le pregunté a ella.

PABLO.- ¡Estás loco! ¿Pero por qué?

JUAN.- Creo... Creo que se parecía a mi madre, bueno estoy seguro, y supe que nos ayudaría.

PABLO.- A mí no me metas en esto. No le contarías...

JUAN.- Le conté algo...

PABLO.- ¿Y... recordabas?

JUAN.- Allí, con ella, recordé mucho más que aquí contigo.

PABLO.- Tuvimos suerte.

JUAN.- Sí, sí. Ha quedado en venir.

PABLO.- ¿Aquí?

JUAN.- Sí, aquí.

PABLO.- ¿Y cuándo?

JUAN.- Ahora.

PABLO.- ¡Ahora!

JUAN.- Sí, ahora.

PABLO.- Ay, Dios, una mujer. Estás loco.

JUAN.- ¿Por qué?

PABLO.- No sé... porque sí. ¿No has pensado en «ellos»?

JUAN.- ¿Qué tienen que ver ellos?

PABLO.- (Desviando la mirada como quien revela un secreto o miente.) Vinieron cuando te fuiste... Sabían que lo habías hecho. Yo traté de defenderte, pero...

JUAN.- ¿Te hicieron algo?

PABLO.- No, no, pero... Y tú, ahora, traes a una mujer aquí.

JUAN.- ¿Está prohibido?

PABLO.- ¡Naturalmente!

JUAN.- ¿Lo dijeron ellos?

PABLO.- No, pero está prohibido.

JUAN.- ¿Por qué?

PABLO.- Todo está prohibido, y las mujeres más.

JUAN.- ¿Por qué?

PABLO.- ¡Hay cosas que no tienen por qué! Son y ya está. Hasta un estúpido lo comprendería. ¿No lo notas? ¿De verdad? ¿No lo has notado en el mismo momento de hablarle?

JUAN.- No sé... Mientras le hablaba sentía algo parecido, sobre todo cuando me miró. Pero también sentía que me estaba prohibido el echarme atrás. Era como estar entre dos precipicios y saber que tenía que seguir avanzando.(Entra EVA.)

EVA.- Hola.

JUAN.- ¡Hola!

EVA.- ¿Puedo...?

JUAN.- ¿Eh? (Mira a PABLO, que le hace un gesto leve con la mano de que le haga pasar.) Sí, sí, adelante. (EVA entra hasta donde está JUAN.)

EVA.- Así que ésta es tu casa.

JUAN.- Sí.

EVA.- (A PABLO.) Y tú eres...

JUAN.- Pablo, es Pablo.

PABLO.- Sí, señorita. Soy Pablo. (EVA le tiende la mano. PABLO se asusta. Luego sonríe tímido, casi avergonzado. Se limpia la mano en el pantalón, que queda manchado de negro. Se dan la mano.)

EVA.- Hola, Pablo.

PABLO.- Hola.

JUAN.- (A PABLO.) ¿Ves como a ti también te cae bien? (EVA y PABLO sonríen, ella franca, él nervioso.)

PABLO.- (A EVA.) No tenía que haberle hablado.

EVA.- ¡Fue él quien me habló a mí! Me miró, y me pidió que le dijera donde había árboles y pájaros.

PABLO.- Pero usted dejó que la mirase y él supo que podía hablarle. (EVA pasea mirando el cuarto.)

JUAN.- (A EVA.) Siéntate. (EVA se sienta. Se miran.) Viniste.

EVA.- Sí. (Un silencio.)

JUAN.- ¿Te gusta mi casa?

EVA.- Es... extraña. Un poco como tú. Está tan desnuda... Y, sin embargo, (Señalando los dibujos.) cada trazo le da calor...

JUAN.- Ya iré decorándola. Y ahora más deprisa. Ahora que ya sé como son las cosas... ¿Me dejarás pintarte?

EVA.- Bueno.

JUAN.- No sé si sabré... ¿Por qué has venido?

EVA.- Me dijiste...

JUAN.- Sí, sí. Pero podías haberte negado. O decir que sí y no venir.

EVA.- Podía.

JUAN.- Hubiese sido normal, ¿no?

EVA.- Sí.

JUAN.- ¿Sí?

EVA.- Claro. No voy yo aceptando ir a casa de todos los que me lo piden.

JUAN.- ¿Te lo han pedido muchos?

EVA.- No.

JUAN.- Y sin embargo...

EVA.- Sí, no sé... Es que, de repente, la situación, tu forma de mirarme y de hablar...
¡Era todo tan diferente!

JUAN.- ¿No hablan los otros así?

EVA.- ¡No!.. Bueno, sí y no. Era... eras como un ser nuevo, sin malicia, inocente. Necesitabas cariño, lo decían tus ojos, y no los cerrabas ni los apartabas. Y tenías miedo, sí, pero no necesitabas ocultármelo.

JUAN.- Sí.

EVA.- Y me mirabas como se mira a una mujer, pero, no sé explicarlo,... era como si yo fuese todas las mujeres, como si no existiesen otras... Como si acabaras de abrir los ojos y yo fuera la única mujer que hubieses visto.

JUAN.- Claro.

EVA.- Y como si tu forma de mirar me dijese: Te he visto. Ya he visto bastante. Ven.

JUAN.- Sí.

EVA.- Y... Y luego, en casa, no entendía nada... Pensé que era absurdo, que me había inventado una historia y me la había creído. Y pensé no venir. Pero luego, cuando ya lo tenía decidido, cuando intenté leer, volvió a salir todo de nuevo y decidí que tenía que comprobar si era cierto. Y cuando me asomé a esa puerta, preparada a salir corriendo ¡Sí, a salir corriendo!, pues...

JUAN.- Creo que no voy a saber pintarte.

EVA.- ¿No?

JUAN.- Ya no. (Se quedan mirándose. EVA pasa sus dedos por la mejilla de JUAN. Él cierra los ojos, los abre, levanta lentamente la mano y acaricia la mejilla de ella. Como tenía los dedos manchados de hollín, mancha su mejilla de negro.)

Escena IV

Mismo decorado. En las paredes hay más dibujos, alguno de colores. Además hay una mesa, sillas y flores en un jarrón. JUAN da vueltas, como enjaulado. Entra EVA.

EVA.- ¿Qué ocurre?

JUAN.- No sé. No está Pablo.

EVA.- ¿Salió?

JUAN.- ¿Él?

EVA.- Tal vez se haya decidido.

JUAN.- Cuando me desperté no estaba. Al principio pensé si se habría asomado a la puerta, a ver el muro de enfrente o a recoger la comida, pero no estaba. Le he llamado, he salido afuera, he recorrido toda la zona, pero no está.

EVA.- ¿Te dijo algo?

JUAN.- No.

EVA.- ¿No sucedió ayer nada?

JUAN.- No.

EVA.- ¿Ni notaste algo diferente?

JUAN.- Nada en absoluto.

EVA.- Lo habrá decidido de golpe.

JUAN.- No sé, no creo.

EVA.- A lo mejor vuelve luego y nos cuenta cómo le ha ido por ahí afuera.

JUAN.- Ya hace varias horas...

EVA.- O tal vez se quede en alguna otra parte.

JUAN.- Podría venir a decírnoslo.

EVA.- Quizás venga.

JUAN.- Sí... (Calla desolado.)

EVA.- Tampoco es tan grave, ¿no? (JUAN calla.) ¿Qué pasa?

JUAN.- Nada...

EVA.- ¡Venga! ¿Qué ocurre?

JUAN.- Temo que se lo hayan llevado ellos.

EVA.- ¿Ellos? ¿Qué ellos? ¿Los del servicio municipal de comidas? ¡Por favor, Juan!

JUAN.- Él les tenía miedo.

EVA.- ¡Él veía fantasmas donde no los había!

JUAN.- Para él eran guardianes.

EVA.- ¿Qué guardianes? ¡Pobres hombres! Ellos os traían la comida para que no os murieseis de hambre.

JUAN.- ¿Por qué nos traían libros?

EVA.- No sé. ¿No los pediste tú?

JUAN.- No.

EVA.- Pues si tú no los pediste los pediría Pablo.

JUAN.- ¡Pero si Pablo ni leía ni salía nunca de aquí!

EVA.- Pues los pediría alguien... ¿No ha habido antes nadie aquí al que le gustase leer?

JUAN.- Sí. Lucas.

EVA.- Pues ya está. Si no anulasteis la petición siguieron trayéndolos.

JUAN.- Tú lo ves todo muy sencillo.

EVA.- Es que todo es muy sencillo.

JUAN.- ¿Ahí afuera también?

EVA.- Claro. (Un silencio.) ¿Por qué tienes tanto miedo a lo que puede suceder ahí afuera?

JUAN.- Pablo tiene miedo.

EVA.- Y te lo ha pasado a ti también.

JUAN.- Yo salí.

EVA.- Y él ha salido. Pero tenéis miedo. ¿Por qué tenéis miedo a la gente?

JUAN.- Es que no nos acordamos bien de las cosas.

EVA.- De mí, de lo que hablamos cada día, de lo que leemos...

JUAN.- Sí, sí, de eso sí.

EVA.- ¿Entonces?

JUAN.- Ya lo sabes, te lo he dicho otras veces. Me acuerdo de todo a partir de aquel día en que me desperté con dolor en las sienes y la boca seca. Pero de antes...

EVA.- A todos nos ha pasado eso alguna vez: cada día es un poco como si empezaras de nuevo, hay cosas que no recuerdas... ¿No has hecho nunca un nudo en un pañuelo?

JUAN.- No lo sé, pero es distinto. Aquella vez fue distinto.

EVA.- Tal vez dormiste demasiado.

JUAN.- (Pensativo.) Tal vez.

EVA.- O te emborrachaste.

JUAN.- No recordaba nada en absoluto.

EVA.- Me dijiste que habías estado enfermo.

JUAN.- Sí...

EVA.- ¿No estás seguro?

JUAN.- Fue entonces. Cuando desperté no recordaba nada.

EVA.- No, no: Estuviste enfermo y soñaste que no recordabas nada, delirabas. Era angustiioso.

JUAN.- Sí lo era.

EVA.- Pero luego pasó la fiebre y volviste a ser tú. Eso fue lo que sucedió.

JUAN.- Tal vez. Está todo tan nebuloso... Los recuerdos de mi infancia ¿sabes?... En realidad no llego a distinguir si verdaderamente...

EVA.- Los has vivido o los has imaginado.

JUAN.- ¡Eso es!... Si lo que digo que recuerdo, mis padres, mi aldea, todo, no habrá sido más que una historia que ha crecido en mi cabeza uno de aquellos días de fiebre.

EVA.- Los recuerdos son así: Van desapareciendo, y lo que queda es apenas una sensación turbia. Y una mañana cualquiera te levantas con la impresión de que durante el sueño los recuerdos de todos han debido mezclarse y por la mañana no han sabido encontrar bien a sus verdaderos dueños.

JUAN.- Me gusta como lo dices.

EVA.- Y somos capaces de comprendernos mejor porque tenemos un pasado común.

JUAN.- Pero falso...

EVA.- Hasta que lo hacemos nuestro. Cuando lo sentimos como propio ya es cierto.

JUAN.- Puede ser...

EVA.- (Sonriendo.) Sí... (Pausa. Seria, algo triste.) Aunque no sé si es exactamente así.

JUAN.- Yo lo siento así, luego es cierto.

EVA.- Sí.

Escena V

Mismo decorado. JUAN y EVA, sentados, juegan a las adivinanzas.

EVA.- Es una persona, ¿no?

JUAN.- Sí.

EVA.- ¿Viva?

JUAN.- Sí.

EVA.- Bueno, vamos a ver por dónde empezamos. ¿Si fuera animal...?

JUAN.- Sería... Le gustaría ser un ciervo.

EVA.- ¿Y si fuera árbol?

JUAN.- Es difícil, casi no conozco árboles.

EVA.- Mentira, hemos visto todos los que hay en los alrededores, aparte de los que hubieras visto antes.

JUAN.- Sí, pero... ¡Daría nido a los pájaros! ¿Vale?

EVA.- Bueno. ¿Si fuera objeto?

JUAN.- Un espejo.

EVA.- ¿Si fuera sueño?

JUAN.- Uno que se olvida cuando nos despertamos... O las mil y una noches.

EVA.- ¿Si fuera... mirada?

JUAN.- (Sonríe.) No sé... Tú sabrás.

EVA.- Sí, yo sé. Eres tú. (Sonríen.) ¿Qué tal van esas lecturas?

JUAN.- Bien. ¿Sabes? Ayer leí a un poeta y decía cosas que me hicieron pensar... (Busca en un libro y saca un papel manuscrito.) Mira, se me ocurrió y lo escribí para que no se me olvidara y enseñártelo. (Alternativamente lee del papel y mira a EVA.) Se puede ser árbol o piedra o animal, o cualquier cosa. Pero se es hombre. Y se es hombre porque se lee. Así surge todo lo que no es instinto... (Mira a EVA.) Y podría ser de otra forma... (Lee.) Aprendemos cómo relacionarnos, cómo sentirnos y cómo es el sentimiento. Y que hay amor. Y que tenemos sentido y no somos absurdos.

EVA.- (Susurrando.) Bien, bien... (Se acarician y se besan sin apretarse, relajadamente. Al rato, EVA habla mientras siguen juntos, acariciándose.) ¿Sabes? Mientras venía, el jardinero del parque me preguntó por ti. Decía que hace tiempo que no vamos a verlo y a ver sus flores, que ahora están preciosas, y que no tardemos o tendremos que esperar a la primavera que viene. Se acordaba de ti, tú que tenías tanto miedo... y él quiere que veas sus flores, y las cuida también para ti y te aprecia.

JUAN.- Sí.

EVA.- Lo sabes, ¿no?

JUAN.- Sí.

EVA.- Y los niños del colegio y el profesor tenían ganas de verte y jugar al fútbol otra vez contigo.

JUAN.- ¡Lo hago tan mal!

EVA.- ¡Qué más da! ¡Estás tan gracioso! Y los quieres y ellos lo notan. Y por eso te quieren, como yo.

JUAN.- Sí. No lo entiendo, pero lo sé. (Se han arrodillado el uno frente al otro.)

EVA.- Entonces lo entiendes. Cuando leíste eso supe que lo entendías. Eras tú, el de siempre, pero habías vencido a la soledad y al miedo. ¿Sabes? Mañana vamos a hacer algo importante que he deseado desde el principio.

JUAN.- ¿Mañana? ¿Qué? (Sonríe.) ¡Eh!... ¿Qué? (Jugueteeando, pícaro.)

EVA.- No, hombre. Estoy hablando en serio.

JUAN.- Y yo también. (Sigue el jugueteo entre los dos.) Algo... ¿especial?

EVA.- (Pícaro y desafiante.) ¿Quieres hacer algo especial?

JUAN.- Sí.

EVA.- ¿Qué?

JUAN.- No lo sé...

EVA.- Pues si no lo sabes...

JUAN.- Es que creo que esta vez la que lo sabe eres tú.

EVA.- Escucha... Quiero que mañana... (Seria.) Quiero que vengas a casa.

JUAN.- ¿A tu casa?

EVA.- Sí, a mi casa.

JUAN.- ¿No están tus padres?

EVA.- Sí, claro que están.

JUAN.- Pero... pero ¡estás...!

EVA.- ¿Loca? ¿Por qué? Ellos saben que existes, se lo he dicho. Si no ¿cómo crees que hubiera explicado el estar a todas horas aquí contigo? Y nos queremos, y les quiero a ellos, y deseo que os conozcáis y os queráis también vosotros. (JUAN calla.) ¿No te das cuenta de que esto no puede continuar así ya más tiempo, que tarde o temprano tenemos que dejar esta isla desierta y encontrar nuestro puesto en ese mundo que hemos ido viendo juntos durante estos días?

JUAN.- Tal vez sea así.

EVA.- Claro que lo es.

JUAN.- Si tú lo dices, es que debe serlo.

Acto II

Escena I

Salón íntimo de una casa. Al fondo, una puerta amplia, ahora cerrada, que da a otra sala. A un lado, puerta que da a la calle. Al otro, unos sillones y una mesita baja junto a una chimenea. En el centro, algunas sillas y una mesa con bandejas de canapés, botellas mediadas y copas, en lo que parece una fiesta a medio celebrar. EVA y JUAN despiden a ANSELMO y CONCHA en la puerta lateral.

EVA.- (Dirigiéndose a ANSELMO y CONCHA.) Agradecidos por vuestra compañía.

ANSELMO.- Por favor, gracias a vosotros.

CONCHA.- Ha sido una fiesta estupenda.

JUAN.- Gracias.

ANSELMO.- (A EVA.) Despidémos de Antonio.

EVA.- No sé dónde se ha metido.

ANSELMO.- Es igual, no lo molestes.

CONCHA.- Nosotros somos de la casa, ya sabes.

ANSELMO.- Adiós.

EVA.- Adiós.

CONCHA.- Adiós, Eva. (Salen CONCHA y ANSELMO. EVA cierra la puerta y cambia el rictus alegre por otro cansado. Apaga las luces hasta quedar el escenario iluminado con más intimidad.)

EVA.- Bueno... Se acabó. (EVA mira el desorden en que ha quedado todo. Se agacha a recoger algo del suelo, un canapé tal vez, y comienza a ordenar la mesa. JUAN se ha sentado en uno de los sillones que hay junto a la chimenea.)

JUAN.- ¿Qué haces?

EVA.- ¡Vaya! Estoy organizando esto un poco. Está tan...

JUAN.- ¿No estás cansada?

EVA.- ¿Y tú qué crees?

JUAN.- Déjalo (EVA lo deja y se acerca a él.) Ven, siéntate. (EVA se sienta. Un silencio.)

JUAN.- Creía que no se iban a ir nunca.

EVA.- ¡Se portan tan bien con nosotros!

JUAN.- ¡Ya, ya lo sé! (Un silencio.)

EVA.- ¿Qué pasa? ¿Estás de mal humor? ¿Ha sucedido algo que te haya molestado?

JUAN.- No.

EVA.- ¿Entonces?

JUAN.- Estoy cansado. Estas fiestas me cansan.

EVA.- La idea fue tuya.

JUAN.- Sí, sabía que te apetecía, y ya el año pasado no pudimos por mi culpa.

EVA.- Y yo lo comprendí: Tenías trabajo.

JUAN.- Siempre hay trabajo.

EVA.- (Contrariada.) El error ha sido mío por aceptar. Debía conocerte ya.

JUAN.- No, mujer.

EVA.- Sí, sí luego nos pasamos factura, en vez de ser... no sé, simplemente una ocasión para estar a gusto con los amigos.

JUAN.- Espera, espera. (JUAN se levanta y va hacia la mesa. Toma una bandeja que está sobre ella con una botella de champán a mitad, copas y alguna otra cosa.)

EVA.- ¿Qué haces? Antes no me dejaste, ¿y ahora te pones tú? (JUAN llega hasta la mesita próxima a la chimenea, deja en ella la bandeja y llena de champán dos copas. Le da una a EVA y toma la otra.)

JUAN.- Feliz aniversario. (EVA sonríe. Arriman las caras. Beben.)

EVA.- Feliz aniversario, Juan. (Se besan.) ¿Te sientes bien?

JUAN.- Sí. Contigo sí.

EVA.- Yo también. A pesar de todo, ha sido un año bueno. Únicamente he añorado el que no tuvieras más tiempo para estar conmigo. A veces, casi he sentido celos de ese empuje que ponías en el trabajo, ese empuje que Anselmo valora tanto.

JUAN.- Anselmo es un buen jefe. Sabe conseguir...

EVA.- Yo creo que para él eres un poco como ese hijo que ha deseado tener para dejar la empresa en sus manos.

JUAN.- ¿Y Sergio?

EVA.- Sergio no tiene tu gancho y su padre lo sabe.

JUAN.- Sergio es un buen muchacho.

EVA.- Sí, sí, pero eso no le basta a Anselmo.

JUAN.- No me gustaría ser su hijo.

EVA.- Pues profesionalmente casi lo eres.

JUAN.- Para Anselmo la empresa es la vida.

EVA.- Y es normal. Él la levantó ¿no?

JUAN.- A veces me atrapa a mí también.

EVA.- Bueno, tal vez ha sido necesario durante un período, tampoco te lo echas en cara... ¿Te acuerdas hace dos años, el miedo que teníamos?

JUAN.- En el convite de boda, ¿no?

EVA.- Sí.

JUAN.- Para mí fue como una prueba de fuego.

EVA.- Para los dos. ¿O crees que yo no estaba nerviosa?

JUAN.- (Sonriendo.) Fue terrible. Toda aquella gente, de golpe, cada uno con sus historias... Cada uno menos yo, que no tenía ninguna y estaba en la de casi todos ellos.

EVA.- Eso fue lo más curioso.

JUAN.- Sí.

EVA.- Fue estupendo, ¿no? De repente ya no eras un extraño, ya no había por qué sentir miedo.

JUAN.- Vosotros, porque yo seguía teniéndolo igual.

EVA.- No seas bobo, que no es cierto.

JUAN.- Sí lo es.

EVA.- No.

JUAN.- Bueno, no sé. Tal vez tengas razón.

EVA.- Claro... ¿Te acuerdas del «examen» que te hizo Anselmo? (JUAN sonrío.) Debiste estar magnífico. ¿Ya se te ha olvidado?

JUAN.- ¡Cómo se me va a olvidar! Me había propuesto estar tranquilo, pero cuando se abrió esa puerta (Señala la puerta del fondo.) y entraron tu padre y él... (Flash Back: Se abre la puerta del fondo y entran ANSELMO y ANTONIO. Detrás se ve luz y se oye ambiente de gente y de fiesta. Nada más entrar, ANSELMO y ANTONIO cierran la puerta tras ellos.

Al tiempo, se encienden las luces de la estancia en la que nos encontramos, transmitiéndose ese ambiente de fiesta. JUAN y EVA se vuelven hacia ellos.)

ANTONIO.- Estábamos buscándoos.

EVA.- Hemos salido un momento...

ANSELMO.- (A EVA.) Enhorabuena, Eva.

EVA.- Gracias.

ANTONIO.- (A ANSELMO.) Él es Juan, claro.

ANSELMO.- Mucho gusto, Juan. Y mi enhorabuena también, por la mujer que te llevas.

JUAN.- Gracias.

ANTONIO.- (A JUAN.) Bueno, él es Anselmo.

JUAN.- Sí. Encantado.

EVA.- Os dejo. Voy a atender al resto de los invitados.

ANSELMO.- No te preocupes, Eva. (A JUAN y ANTONIO.) Aparte, teníamos que hablar de negocios, ¿no? Antonio me ha hablado de que quieres entrar a trabajar con nosotros.

ANTONIO.- Sí.

ANSELMO.- Bien. Yo no hubiera ampliado plantilla en este momento, pero tratándose del yerno de Antonio, tal vez sea posible. En principio tienes a tu favor que Eva y Antonio responden por ti, y en tu contra que no tienes aquí tus raíces. Yo sé la historia de cada uno de mis empleados desde que eran niños: eran vecinos o hijos de vecinos, amigos, conocidos, me había cruzado con ellos en la calle, en el autobús, habían ido a este o aquél colegio, sus padres pensaban así y vestían de esta forma... Y eso hace que yo sepa hasta dónde pueden llegar o para qué pueden valer. Y, sobre todo, hace que me pueda fiar de ellos.

ANTONIO.- Pero Anselmo, yo te aseguro que...

ANSELMO.- Ya, ya lo sé. Por eso estamos hablando. Y hablando de este modo.

JUAN.- Yo quiero...

ANSELMO.- Tú quieres trabajar, y estás en tu derecho, y yo voy a intentar ayudarte, pero antes quiero dejar las cosas claras.

JUAN.- Me parece muy bien.

ANSELMO.- Antonio ya me ha explicado algunas cosas tuyas, no muchas por cierto, o sea que yo tengo una cierta idea, pero necesitaba hablar contigo.

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- Sé que eres del Sur, tengo apuntados los nombres de tus padres; que estudiaste en la escuela de marina o algo así. ¿Acabaste?

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- Que tuviste un accidente, ¿no?

JUAN.- Sí. En un barco.

ANSELMO.- Que pasaste unos meses convaleciente en un hospital y que estás totalmente repuesto, espero.

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- Y con ganas de trabajar; pero aquí y no en el Sur, y en los negocios y no en el mar. ¿Miedo?

JUAN.- Prefiero quedarme aquí.

ANSELMO.- Hay mucho más futuro, créeme... Sé que te gusta pintar.

JUAN.- Es una afición.

ANSELMO.- Estoy de acuerdo con las aficiones, siempre que sirvan al trabajo y a la relación con los demás, y no los obstaculicen. Yo debería tener una, pero creo que se me ha pasado el tiempo. Cuando era joven no pude, y ahora... También sé que te gusta leer.

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- Y que eres inteligente. Sí, eso se nota, ahí no me equivoco. Espero que no tendrás ideas absurdas respecto a filosofía y política...

JUAN.- No...

ANSELMO.- Bien, bien. En esto, ¿sabes?, como en casi todo, lo importante es encajar. Una empresa es como una máquina y todos somos piezas clave porque una sola rueda defectuosa la paralizaría. O la haría saltar. Y antes, claro, salta ella.

JUAN.- Sí. (Entran CONCHA y EVA.)

ANSELMO.- Ya seguiremos hablando.

CONCHA.- (A ANSELMO.) ¿Sabes que Juan es del Sur?

ANSELMO.- De Iris precisamente, ¿no Antonio?

ANTONIO.- Sí.

CONCHA.- Nosotros hemos ido algún tiempo a veranear allí.

ANSELMO.- Ahora mismo iba a contárselo.

CONCHA.- Es un sitio precioso.

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- Y además era marino.

CONCHA.- ¿Eras del club náutico? Siendo marino...

JUAN.- (Sin convicción.) Sí, claro...

CONCHA.- Entonces tal vez recuerdes a nuestro hijo.

JUAN.- No sé...

ANTONIO.- Se llama Sergio.

CONCHA.- Un chico grande, muy decidido.

JUAN.- ¡Hace ya tanto!

ANSELMO.- Él nos ha hablado de un tal Juan con el que ha navegado alguna vez.

CONCHA.- Tiene una barbita... aunque, claro, entonces no la llevaba y la nariz como la de mi marido, pero un poco torcida de un golpe.

JUAN.- Tal vez...

CONCHA.- (A EVA.) Tiene que recordarlo, porque han debido coincidir.

ANSELMO.- (A EVA.) Yo casi diría que lo recuerdo de verle allí también, lo que pasa es que está tan cambiado... (A JUAN.) ¿No recuerdas de cuando ibais a la sala aquella de baile... ¿Cómo se llamaba? ¿Palmeras? No, no. Era algo... (Mira a CONCHA.) Oasis... (Mira a JUAN como preguntándole.) No, no era Oasis... ¿Cómo...?

JUAN.- ¿Dunas...?

ANSELMO.- ¡Eso es! Dunas, sala Dunas. ¿No te acuerdas, Concha?

CONCHA.- Dunas, sí, Dunas.

ANSELMO.- Allí, cerca de la playa.

JUAN.- A mí me gustaba pasear por la playa a la puesta del sol.

ANSELMO.- ¡Qué bonitas puestas de sol las del sur!

CONCHA.- ¿Fuiste allí al colegio?

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- A la escuela vieja, claro.

JUAN.- Sí.

ANSELMO.- ¿A quien tuviste de profesor?

JUAN.- No recuerdo su nombre. Era alto, delgado, con barba.

ANSELMO.- Claro. Alfonso. Bueno, vosotros lo llamaríais Don Alfonso.

JUAN.- (Pensativo.) Sí, sí.

ANSELMO.- Seguro. ¿No recuerdas nada de él?

JUAN.- Pues... bueno, cuando nos ensañaba a leer... Y cuando jugaba al fútbol con nosotros.

ANSELMO.- ¡Ah, el pobre Alfonso, cómo corría! Qué persona más encantadora, allí, entre los chavales haciendo lo que Dios le daba a entender.

JUAN.- Pero era tan entrañable...

ANSELMO.- ¡Esa es la palabra, sí señor!: Entrañable. ¿Verdad, Concha?

CONCHA.- Sí, sí.

ANSELMO.- ¡Cuánto me alegro! Si no fuera por estas cosas...

CONCHA.- ¡Qué ilusión, Eva!

ANSELMO.- El año que viene, en el primer aniversario, hemos de ir todos a Iris, a celebrarlo allí.

ANTONIO.- ¡Estupendo!

CONCHA.- A ver si puede venir Sergio.

ANSELMO.- Vamos a brindar para que seáis muy felices. ¡Venga, venga, las copas, las copas, el champán! (Se pone a llenarlas.)

ANTONIO.- ¡Esperad, que todavía no han sacado la tarta!

ANSELMO.- Bueno, pues ya es hora. (Toca una campanilla que hay sobre la mesa.)

ANTONIO.- Salimos fuera con los demás ¿no?

ANSELMO.- No, por favor. Que esperen un momento. (Aparece un CAMARERO con la tarta. ANTONIO, ANSELMO y CONCHA aplauden, uniéndoseles EVA y JUAN. El personaje de CAMARERO es interpretado por el mismo actor que hizo de Pablo. JUAN se da cuenta del parecido y deja de aplaudir. El CAMARERO da a EVA la pala para cortar el pastel.)

CAMARERO.- (A EVA.) Señora...

EVA.- (Recogiéndola, a ANSELMO.) ¿La partimos aquí?

ANSELMO.- Sí, sí.

EVA.- (A JUAN.) Vamos, entre los dos, Juan. (JUAN sigue mirando al CAMARERO.)

JUAN.- Pablo... Pablo...

CAMARERO.- (Sorprendido.) Perdón señor. Mi nombre es Julián. Debe confundirse con otra persona.

JUAN.- No puede ser... ¿No estuviste tú conmigo en aquel cuarto...?

CAMARERO.- No sé a que cuarto se refiere, señor.

ANSELMO.- ¿De qué hablas?

JUAN.- ¿No recuerdas a Eva?

CAMARERO.- Lo siento.

ANSELMO.- Juan, debes confundirlo con otra persona.

JUAN.- (A EVA.) ¿No lo recuerdas tú, Eva?

EVA.- Se parece a Pablo, sí.

JUAN.- Es Pablo.

EVA.- Pero si él dice que no...

ANTONIO.- Es el camarero de la empresa de bodas y bautizos, Juan. Yo lo conozco desde hace años y siempre ha trabajado ahí.

CAMARERO.- Sí. Excepto en vacaciones y enfermedad, claro.

ANTONIO.- Y sirvió en la boda de Sergio. (Mira a ANSELMO y CONCHA, que no dicen nada.) Lo que pasa es que ellos no se acordarán, pero...

CAMARERO.- Yo sí lo recuerdo, señor. Cuando les vi supe que ya los conocía.

JUAN.- ¿Y a mí?

CAMARERO.- No sé, señor.

ANSELMO.- Déjalo ya, Juan. (Al CAMARERO.) Puede retirarse.

CAMARERO.- (A ANSELMO.) Gracias. (A JUAN.) Y disculpe... (Se crea un ambiente de silencio tenso. Al fin lo rompe ANSELMO.)

ANSELMO.- ¿Le debías dinero o te lo debía él a ti?... (Sonríen todos algo forzados.) Olvídalo.

JUAN.- (Como para sí.) Me debía una historia... y piedras ganadas a las cartas. (Paralelamente a esa última frase finaliza el Flash Back. Las luces cambian y quedan iluminados solamente JUAN y EVA. Salen de la escena ANSELMO, ANTONIO, CONCHA y el CAMARERO. Quedan JUAN y EVA, con el mismo ambiente del principio del acto.)

EVA.- ¿Todavía sigues creyendo que era Pablo?

JUAN.- Sí. Y ahora más que nunca.

EVA.- No habías vuelto a hablar de aquél incidente desde entonces.

JUAN.- No. Es curioso. Lo había tapado ¿sabes? Me refiero para mí mismo. Es una manera delicada de mentirse.

EVA.- Cada uno tiene sus opiniones, y todo el mundo puede equivocarse.

JUAN.- Durante algún tiempo yo no podía tener opiniones.

EVA.- Eso no es cierto.

JUAN.- Sí. Y por eso Pablo y yo teníamos aquel miedo a salir. Sabíamos que nos ibais a llamar mentirosos.

EVA.- No.

JUAN.- Sí, y entonces me llamé yo mismo mentiroso, me uní a todos, y entré en la sociedad.

EVA.- Simplemente aprendiste a convivir.

JUAN.- ¿Recuerdas los experimentos con ratones de laboratorio que contó Sergio? Tocaban una tecla en su jaula, y les dan una descarga eléctrica. Tocaban otra y obtienen comida. Si les cambian las teclas viven aterrados. Si se las mantienen, aprenden y pierden el miedo. Yo he aprendido. Pero no me siento a gusto.

EVA.- Lo dices como si la civilización fuera una trampa.

JUAN.- ¡Lo es!

EVA.- ¡Juan! (Sonríe, impotente.) Y... ¿Cómo podrías...?

JUAN.- ¿No sentirme atrapado? No sé. No mintiendo más. No construyendo una vida que dicen que es mía, y es mía, como continuando algo que no sé si ha existido o hemos ido inventando entre todos.

EVA.- No hemos inventado nada. Todo es cierto.

JUAN.- ¿Sabes? A veces tengo la impresión de que no hemos sido nunca niños.

EVA.- ¡Pero Juan!

JUAN.- Sí, ya lo sé, ya lo sé. Veo niños por la calle, los oigo reír, sé que existen y que nosotros hemos tenido que ser como ellos, claro que lo sé, pero... Cuando hablo con los demás, tengo la sensación de estar metido en una inmensa tela de araña que lo llena todo. Una tela encantadora, sí, pero en la que, o eres una araña más y unes tus hilos a los otros hasta no saber cuáles son de quien, o eres una mosca.

EVA.- Y tú eres la mosca.

JUAN.- Yo no sé qué soy. Nunca lo he sabido... o lo he olvidado.

EVA.- Otra vez hablamos del cuarto de las paredes blancas.

JUAN.- No. Ahora hablo de esta casa, de estos últimos años en los que lo único que he hecho ha sido intentar olvidar aquello, olvidar que había olvidado, y montar una vida como la de los otros, entrelazada con las tuyas, para ser uno más.

EVA.- Pero eso es así porque recordaste.

JUAN.- No recordé.

EVA.- Sí recordaste.

JUAN.- No. Mentía; como al principio, como cuando me inventé mi familia y mi maestro.

EVA.- No, no es verdad. Recordabas. Vagamente tal vez, pero recordabas.

JUAN.- No, Eva. (Cariñoso.) No quería creerlo, pero no.

EVA.- Tú mismo dijiste que recordabas Iris. Aquel día, ¿recuerdas?, con Anselmo.

JUAN.- Sí, yo dije que recordaba.

EVA.- Y ¿no lo recordabas?

JUAN.- No.

EVA.- ¿Y a Sergio?

JUAN.- En absoluto.

EVA.- ¡Pero luego, en la primavera siguiente, cuando fuimos a la montaña, os saludasteis y recordasteis viejos tiempos!

JUAN.- Inventaba. Seguía inventando.

EVA.- ¡Juan, por favor! ¡Esto es absurdo! ¡Él se acordaba de ti! Recordasteis a una chica, Elisa, ¿no?, que conocisteis los dos ¡Hasta tuve un poco de celos de ella! Y de cuando ibais a bañaros juntos. Y al Doctor...

JUAN.- Inventaba, inventaba.

EVA.- Es imposible.

JUAN.- ¿Por qué? Ten en cuenta que es mucho tiempo haciéndolo. Ya casi ni yo mismo me doy cuenta.

EVA.- No puede ser.

JUAN.- Sí, sí lo es. ¿Quién habló de Elisa? ¿Sergio?

EVA.- No sé.

JUAN.- Fui yo. Al principio no me atrevía a hacerlo, esperaba siempre a que el otro iniciara el juego, pero luego, con el tiempo, me di cuenta de que también podía tomar la iniciativa. Y que el otro siempre aceptaba mis cartas y jugaba con mi baraja.

EVA.- Sin darte cuenta irías recordando.

JUAN.- Sí, eso pensé al principio... Bueno, eso pensé hasta hace poco.

EVA.- ¿Y ahora?

JUAN.- Ahora no.

EVA.- ¿Por qué? (Un silencio.)

JUAN.- He empezado a mentir. A mentir descaradamente. Y me creen. Cuando hablo de recuerdos... La gente no recuerda bien nada o casi nada; la gente recuerda lo que tú dices que recuerdas.

EVA.- Es absurdo.

JUAN.- Con Anselmo y Concha mismo. La semana pasada empecé a contarles cosas de Iris. Eran noticias que había leído dos días antes en el periódico, en el rincón más pequeño de la página de sucesos. ¡Y los recordaban como sucedidos hace quince años!

EVA.- Son mayores, su memoria... Además, ellos nunca dudarían de ti.

JUAN.- ¡Exacto!

EVA.- Aunque no recordaran, aunque fuera sólo por deferencia...

JUAN.- Y con Sergio: Cuento la historia de una vieja novela como si fuese la nuestra ¡y la recuerda!

EVA.- La habrá leído.

JUAN.- ¡Pero él la recordaba como suya!

EVA.- Puede confundir los recuerdos.

JUAN.- ¿O no hay recuerdos verdaderos? ¿O son sólo lo que nos hemos contado, o lo que hemos leído y por eso recordamos todos lo mismo?

EVA.- (Incrédula.) Pero, si fuese así... ¿Quién nos los habría quitado? ¿Y por qué?

JUAN.- Sí: ¿Quién ha tejido esta tela de araña de recuerdos falsos y compartidos? ¿Hay alguien...? ¿O hemos sido nosotros mismos?...

EVA.- Juan.

JUAN.- Sí.

EVA.- Tengo miedo.

JUAN.- Y yo.

EVA.- Pero estamos juntos.

JUAN.- ¿A pesar del miedo?

EVA.- Sí.

JUAN.- ¿A pesar de no entenderme?

EVA.- Sí. (Un silencio.)

JUAN.- Entonces vamos a intentarlo.

EVA.- ¡Sí!

JUAN.- Vamos a buscar gente que esté harta de mentirse, tiene que haberla, estoy seguro. Y gente buena, como tú. Y vamos a ser sinceros hasta el fondo, hasta los huesos. Iremos descubriendo una a una las cosas de las que estemos seguros, y las pondremos en común: serán nuestros tesoros compartidos, nuestros recuerdos. ¿Sabes? Tal vez haya muy pocos ciertos, pero estaremos seguros de ellos. Y a partir de ahí iremos construyéndonos. Sin dudas, sin mentiras, sin miedo a que nadie sople sobre el castillo de naipes, como ahora.

EVA.- Me gusta oírte.

JUAN.- ¿Estás de acuerdo?

EVA.- Sí. Porque te veo alegre y vivo. Y así no tengo miedo. Sólo tu aislamiento, tu frialdad, me hacen sentirlo.

JUAN.- En mi vida, y tal vez en la de otros muchos, hay algo que hace que olvidemos. Es como un muro tras el cual sólo vemos vacío. Eso es nuestro, y hay que tener la valentía de agarrarlo por el cuello y abrazarlo como un campo de nieve, liso, blanco... Y tal vez allá, a lo lejos, una pequeña figura que corre en una y otra dirección, yendo y viniendo, zigzagueando. ¿Lo ves?: juega y ríe, o tal vez escapa de algo, atemorizado, no sé. Lo único que yo siento es un niño triste, caminando por las calles de una ciudad que no recuerdo,

solo, con un abrigo y frío, con unos guantes rotos en la punta y una cartera llena de libros, camino de un colegio al que no quería ir. Y una casa fría, con unos padres de caras imprecisas sentados en una mesa camilla. Y el niño tiene miedo, y sabe que el mundo se divide en dos: Una parte, los otros, y otra, él. Él sólo. Y ahora que no tengo frío, que estoy seguro de algo, aunque no sé de qué, y que estás tú, quiero ir a ese lugar. Y acariciar a ese niño, despacio para que no se asuste, y quedarme mirándolo de cerca, y sentir su mirada honda y decirle «Hola ¿sabes quien soy? Soy tú cuando seas mayor... ¿Ves? No te preocupes demasiado: Se sale de ahí, se recupera uno... con heridas, sí, pero se sale adelante. ¡Tú, que a veces dudabas de si lo conseguirías!». Y me abrazaré a él fuerte, fuerte, y sentiré su llanto, ése que se ha aguantado tanto tiempo, y notaré su cuerpecito contra el mío, y le acariciaré el pelo. Y luego, él me enseñará su casa, y saludaremos a sus padres, que no me reconocerán, y él me presentará como un amigo, y sonriremos cómplices. Y veré su cuarto de juego, y jugaré con él, y ese día no jugará solo y nunca más lo hará porque sabrá que me tiene a mí. Y me enseñará su mesa de trabajo y sus libros, y ese día le ayudaré yo a prepararse los deberes, y aprenderemos juntos la lección, y pasearemos por el parque y recorreremos las calles vacías, y ya no hará más frío, y veremos el mar, y aprenderemos juntos a vivir y a no estar solos. Y le diré que no tenga miedo a las chicas y que no se preocupe si ahora lo hace mal, que no es tan importante, porque así, como es, se ha convertido en alguien que ha sido capaz de encontrar a una mujer maravillosa, y te lo presentaré y os daréis la mano, y él te dará un beso en la boca. ¡Sí, él, el tímido, te dará un beso en la boca y a ti te gustará porque notarás que es mi boca y mi beso! Y iremos los tres y nos abrazaremos riendo, y correremos por el campo jugando con los pájaros y al fin, después de mucho, mucho tiempo, nos separaremos felices, cómplices de nuestro secreto, y él no será ya más un niño triste y sabrá que futuro es algo más que una palabra, y que es suyo, todo suyo, y tú sabrás de mí y me comprenderás y me querrás más todavía, y yo sabré que estoy allí, viviendo en una casa que da a una calle que recorro todos los días, en una ciudad con cielo y pájaros, con unos padres jóvenes que no me han reconocido pero que me han saludado y me han dado la mano, y tienen cara y cuerpo y nombre, y hasta sienten. Y sabré cómo han sido mis libros, y mi colegio, y mi cuerpo, y mis juegos y mi soledad, vencida a pulso. Y volveremos contentos, y le diré a todo el mundo: ya sé. Ya soy yo. Ya soy libre. Ya no estoy solo, desvalido y a merced de cualquiera que pronuncie la palabra «¿recuerdas?» Porque ahora sí recuerdo, sí tengo un pasado que es el único verdaderamente mío, y no lo cambio por ninguno y no lo oculto, ni lo negocio, porque allí, en aquel cuarto, hay un niño que se parece a mí estudiando la lección siguiente a la que ayer aprendimos juntos, y también hoy estoy allí con él, y no lo abandonaré ya nunca, nunca, pase lo que pase y pese a quien pese. Y él tampoco me abandonará a mí ya nunca más, porque está aquí dentro, y no podrán volvérmelo a quitar. (EVA abraza a JUAN. Aparece ANTONIO.)

ANTONIO.- ¿Qué ocurre?

EVA.- Nada.

ANTONIO.- (A EVA.) ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Te encuentras bien?

EVA.- Sí, muy bien.

ANTONIO.- Estás... llorando.

EVA.- Sí..., pero estoy mejor que nunca.

ANTONIO.- Deberíais descansar.

EVA.- Vamos a tomarnos unos días. Juan necesita...

ANTONIO.- Habladlo con Anselmo. No creo que haya problema. Juan tiene derecho...
¿Vais a ir al sur?

EVA.- No sé, tal vez

ANTONIO.- ¿De verdad que no hay problemas?

EVA.- No. Simplemente Juan necesita...

JUAN.- Necesito recuperar mi pasado.

ANTONIO.- Sí. Puede ser hermoso.

EVA.- ¿De verdad lo crees?

ANTONIO.- ¡Claro! Pasear por las calles que uno ha recorrido hace muchos años, ver aquellos paisajes, visitar a los viejos amigos... Podéis llamar a Sergio y Mary, a ver si ellos tienen unos fechas libres... así sería todo más agradable.

EVA.- No, papa. Hemos de empezar solos. Y desde el principio.

ANTONIO.- ¿Desde el principio?

EVA.- Sí. Juan tiene derecho a su pasado, a su verdadero pasado, y no al que aquí parece que le hemos ido construyendo entre todos.

ANTONIO.- Pero... eso es absurdo. Solo hay un pasado y Juan lo tiene ¡Y todo el mundo lo conoce perfectamente!

EVA.- ¡Papa, por favor!

ANTONIO.- (A EVA.) ¿Qué pasa? ¿No está seguro de su pasado?

JUAN.- Tal vez no lo entiendas, pero tengo que descubrirlo.

ANTONIO.- ¿Y qué esperas encontrar? ¿Algo diferente? ¿Algo mejor, tal vez? Los pasados son casi todos muy similares y tú tienes uno que te sirve y en el que no hay nada de que avergonzarse. El futuro es lo que importa. El pasado esta ahí, muerto y sellado. A ti te ha tocado uno bueno, tómalo y sigue adelante. Si miras hacia atrás... ya sabes en lo que puedas convertirte.

JUAN.- Yo no quiero un pasado que me sirva, quiero el de verdad, el mío, sea el que sea.

ANTONIO.- ¿El de verdad? El pasado es siempre falso, Juan. Lo que recordamos no se parece apenas a lo que sucedió realmente, porque los hombres tienen miedo a recordar que un día fueron débiles e infelices, o jóvenes y alegres; porque temen no recordar bien las cosas que fueron importantes y prometieron no olvidar nunca, o porque tienen miedo a la soledad que llevan dentro. El pasado no es más que una ficción pactada día a día con los otros, para que no haga daño a nadie. Cada día, cuando recordamos algo, perdemos un trozo de recuerdo y rellenamos el hueco con mentiras; parecidas a la realidad, sí, pero mentiras. Y hablamos con la gente para ver si nos las acepta, y ellos nos cuentan las suyas, las que a ellos les conviene. Y pactamos. Y unos años más tarde ya no quedan más que las mentiras pactadas, sólo situaciones trucadas y sentimientos falsos que decimos que son nuestros recuerdos y de los que estamos orgullosos.

EVA.- Juan quiere recuperar sus verdaderos recuerdos.

JUAN.- Me importa lo que he sentido, y eso no me lo ha dado nadie ni podrá dármelo nunca. Quiero recuperar mis sentimientos.

ANTONIO.- ¿Y cómo vas a conseguirlo?

JUAN.- En mi cabeza hay imágenes, sensaciones... Iremos buscándolas.

ANTONIO.- ¿Buscándolas dónde?

JUAN.- En los campos, en las playas, en las calles, en las casas, en el aire...

ANTONIO.- ¿En Iris?

JUAN.- En Iris y en cualquier sitio, no lo sé aún.

ANTONIO.- No encontraréis nada: Las casas son nuevas, las calles parecen distintas y las playas están llenas de apartamentos. Y el aire...

JUAN.- Siempre queda algo... Además, sé que aún sin eso lo conseguiríamos, porque últimamente he empezado a sentir impresiones que surgen en mí como del fondo de un pozo muy profundo. Al principio tenía miedo, pero ahora...

ANTONIO.- Haz lo que quieras; pero Eva debe quedarse aquí conmigo.

EVA.- No, papá. Yo le acompañaré.

ANTONIO.- (A EVA.) ¿Sabes lo que sucedería si fuera por ahí diciendo que sus recuerdos son falsos?

EVA.- Sus recuerdos son suyos.

ANTONIO.- No. No lo son. Él ya está metido en nuestro pasado.

JUAN.- Ellos me han metido.

ANTONIO.- Tú te has metido. Ellos te ofrecieron el suyo y tú aceptaste. Y ahora quieres negárselo. Pero no lo permitirán. No eres el único que lo ha intentado, hubo muchos antes, pero sus nombres han sido borrados, como si nunca hubieran existido. No los recuerda nadie. Ni siquiera ellos mismos. No hay más pasado que el que conocemos, Juan. O ninguno.

JUAN.- Antonio, no pretendo hacer daño. Simplemente buscar mi verdad. Solo yo; y Eva.

ANTONIO.- (Mirando a los dos.) ¿No pensabais tener un niño?

EVA.- Sí.

JUAN.- Y lo tendremos.

ANTONIO.- Hacedlo entonces por él.

EVA.- Sería una trampa.

ANTONIO.- Todo el mundo hace esa clase de trampas.

JUAN.- Antonio, un niño es lo más puro que existe. ¿Quieres que empecemos a hacerle trampas aún antes de que nazca?

ANTONIO.- Vivir en sociedad es hacer esa clase de trampas. Y tenéis la obligación de hacerlo por él. Si lo hacéis bien no notará nada, como todos los otros niños. Él también se lo creará y le servirá. Juan, hazlo por él. Eso es lo que esperaba de ti cuando acepté que te casases con Eva.

EVA.- No, papá. Yo no esperaba eso de él.

ANTONIO.- (A EVA.) ¿No quieres tener un hijo?

EVA.- Sí, pero sólo cuando Juan haya recuperado al niño que fue. Sólo entonces nuestro hijo aprenderá a jugar con él y sabrá a quien parecerse.

ANTONIO.- (Derrotado.) No os entiendo.

EVA.- (Afectiva.) Lo sé, papá.

ANTONIO.- ¿Qué le diremos a Anselmo?

JUAN.- Dile la verdad.

ANTONIO.- No comprendería.

JUAN.- O, simplemente, no le digas nada.

ANTONIO.- ¿Cuándo pensáis salir?

JUAN.- Mañana temprano.

ANTONIO.- Tendréis que sacar los billetes, hacer el equipaje...

JUAN.- No te preocupes Antonio, todo será sencillo.

ANTONIO.- Bueno... Entonces, subid a descansar.

JUAN.- Sí. Hasta mañana, Antonio.

EVA.- Hasta mañana, papá.

ANTONIO.- Hasta mañana, hijos. (Se abrazan. El abrazo y los «hasta mañana» suenan a despedida, como si los tres supiesen que la partida va a ser antes de que vuelvan a verse.)

Escena II

Misma estancia que al principio de la obra. En un lado, una cama grande que pudiera pasar por una cama de matrimonio o una cama de hospital pero que ahora parece más lo segundo. Junto a ella, una mesita de las mismas características, con algún instrumental que luego se empleará en la acción. En el lado del escenario en el que no está la cama charlan JUAN y EVA. Él está en pijama, con una bata encima, y ella vestida de calle.

EVA.- No tardarás más de una semana, ¿no?

JUAN.- En eso quedamos.

EVA.- Ahora necesito estar contigo.

JUAN.- Y yo. Pero se lo prometimos a tu padre.

EVA.- Aún no sé si hicimos bien cediendo. Tú no necesitas descansar. (Sonríe.) ¡No estás cansado!

JUAN.- Se queda más tranquilo así. Es como demostrarle que no es una decisión precipitada.

EVA.- (Con un deje de riña cariñosa.) Eres demasiado bueno.

JUAN.- Él se ha portado muy bien conmigo siempre.

EVA.- Pero no tiene derecho en meterse en algo tan tuyo.

JUAN.- También se preocupa por ti; y es tu padre.

EVA.- (Sonriendo.) Si tardas más de una semana vendré a buscarte.

JUAN.- Me encantará.

EVA.- Y nos iremos. Haya acabado el reposo o no. ¿Dónde quieres que vayamos primero? ¿A la nieve?

JUAN.- Nunca he estado.

EVA.- Vamos a ir a tu campo de nieve, y vamos a caminar por ella, y a jugar.

JUAN.- Sí.

EVA.- Y esa figura pequeña que corre, ¿recuerdas?, se parecerá a ti y a mí, y tú y yo le enseñaremos todo, porque será nuestro hijo.

JUAN.- Eva.

EVA.- Sí.

JUAN.- Te quiero. (Entra un HOMBRE DE BATA BLANCA.)

HOMBRE DE BATA BLANCA.- ¿Es usted Juan...?

JUAN.- Sí.

EVA.- Llámame pronto. O si no, ya sabes... (EVA sale.)

HOMBRE DE BATA BLANCA.- ¿Era su mujer?

JUAN.- Sí. (JUAN y el HOMBRE DE BATA BLANCA pasan al lado del escenario en el que está la cama.)

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Ya les oí hablar. Quítese la bata y descúbrase el brazo. (JUAN lo hace.)

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Échese. (JUAN lo hace.)

JUAN.- Hacíamos proyectos.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Es hermoso hacer proyectos. (Le pone una inyección.) Relájese. Deje que le vaya invadiendo el sueño. Es una sensación muy agradable si uno no intenta ir contra ella.

JUAN.- ¿Tardaré mucho en verla?

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Ahora todo va a ir mucho mejor, ya verá. Son muy pocos los casos de fracaso del tratamiento; al menos los que conocemos. (Va amarrándole brazos y piernas a la cama.) Aunque cada vez hay más gente empeñada en repetir una y otra vez los mismos errores. ¿Me oye?

JUAN.- (Con voz distante.) Sí.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Bien, esto va bien. (Un silencio.) Pero hombre, usted que parece inteligente, ¿cómo llegó a pensar que se lo permitirían?

JUAN.- ¿Que me permitirían qué?

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Sí, ya sabe, todo esa historia del pasado.

JUAN.- Toda esa historia es mía.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- No. El presente sí es más o menos nuestro mientras lo vivimos como protagonistas, pero luego ya no. Quien tiene el poder decide el presente y se adueña del pasado, lo manipula según sus intereses y luego lo escribe, o paga para que lo hagan. El pasado siempre es del poder. Y él borra de la historia cualquier interpretación que no sea la correcta, es decir la manipulada a su favor.

JUAN.- Si lo hace así, tendrá el poder, pero no la razón.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Hombre de Dios, la razón es siempre de los que ganan. Y el que pierde, lo pierde todo. Incluso la razón. Hasta los niños lo saben cuando dicen que los buenos son los que ganan siempre. ¿De verdad creía que le iban a dejar ir por ahí dudando del pasado?

JUAN.- Yo solo pretendía recuperar mi verdadera niñez.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Aunque así fuese. El pasado, todo, es de ellos. También el de usted, porque está unido al de los demás y saben que si le dejan tirar de su cereza puede llevarse el cesto. Si hacen una excepción, por pequeña que sea, se pone en entredicho todo el sistema. Su sistema.

JUAN.- ¿De verdad lo cree?

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Mire, no es lo que yo crea, sino lo que ha ocurrido en otras ocasiones, no es usted el primero. Lo suyo es como una plaga que hay que erradicar ahora, cuando apenas parece una anécdota, porque luego puede contagiarse a mucha gente y ¿se imagina la indignación de un pueblo que descubre que se le ha robado su pasado? ¿Se imagina su rabia, su cólera? Sería terrible ¿no? Imagínese. (Un silencio.) Bueno, más vale que no lo intente. (Un silencio.) En realidad más le hubiera valido no haber empezado a remover lo que nunca debe removerse.

JUAN.- ¿Cuándo podré ver a mi mujer?

HOMBRE DE BATA BLANCA.- No la verá nunca más (JUAN forcejea.) Bueno, tal vez, pero es muy improbable que suceda. Estarán en dos mundos distintos. No intente moverse, puede hacerse daño. Y es inútil.

JUAN.- (Con dificultad, muy bajo.) Vendrá.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Le diremos que decidió abandonarla, que prefirió buscar su verdad solo, sin lastres. La pondremos un poco en contra de usted para que olvide las ideas extrañas y para que le sea más fácil encontrar otro compañero.

JUAN.- (Muy bajo y crispado.) No los creerá.

HOMBRE DE BATA BLANCA.- Será mejor para ella que nos crea, se lo aseguro. Mucho mejor. Lamentaría...

JUAN.- (En un susurro tenso.) ¿Me tendrán detenido?

HOMBRE DE BATA BLANCA.- No. Y nadie le coaccionará. Al contrario: Dispondrá de una nueva oportunidad para hacerse a usted mismo desde el principio. Y sin dañar a nadie. Es como nacer otra vez, como si usted fuera su propio hijo. A veces ha habido momentos en los que les he envidiado, de verdad. (Va manipulando en su cabeza. Le coloca unos electrodos en las sienes.) No se preocupe, es indoloro. Y cuando despierte podrá vivir plenamente su nueva oportunidad. No recordará nada, ni se sentirá perseguido, nada. Únicamente notará un poco de sequedad en la boca y como un leve dolor en las sienes. (La escena, que se ha ido oscureciendo, queda absolutamente a oscuras. El HOMBRE DE BATA BLANCA sale de escena mientras ésta está a oscuras.)

JUAN.- (A oscuras.) ¡No! No quiero. No quiero empezar otra vez. No quiero olvidar nada. No quiero olvidar nunca más nada. (Se enciende la luz de una lámpara de noche. Es EVA quien la ha encendido. Lleva camisón y está en la cama, junto a JUAN. No hay huella

de electrodos, ligaduras, etc. Una colcha, un despertador y la lámpara encendida sobre la mesita darán el aspecto de un dormitorio normal.)

EVA.- Juan ¿qué pasa? ¿qué te ocurre?

JUAN.- (Mira a EVA; mira a todos lados. Se abraza a ella.) He tenido un sueño terrible.

EVA.- Tranquilízate, todo está bien. No pasa nada.

JUAN.- Sí, sí. (Un silencio.)

EVA.- ¿Hay algún problema?

JUAN.- No. ¿Por qué?

EVA.- Gritabas que no querías empezar otra vez.

JUAN.- No, no quería. Solo quería vencer al sueño y despertarme. Y que tú estuvieras conmigo.

EVA.- Bueno, ya estás despierto.

JUAN.- Sí...

EVA.- Y estoy contigo. Vamos, ahora duerme. Mañana hay que salir pronto, ¿recuerdas? (Mira el despertador.) Y ya nos quedan muy pocas horas. (Estira la mano y apaga la luz.)

Escena III

Mismo escenario que al principio de la obra. Paredes blancas, sin dibujos. De forma similar a como sucedía al inicio de la obra, sentadas al fondo e iluminadas separadamente, dos figuras con vestiduras grises o blancas y sencillas. Ahora, a un lado EVA y al otro JUAN, parecen descansar o dormir. Suena una música tranquila, relajante. Por el pasillo del patio de butacas un NIÑO de entre 7 y 10 años avanza, vestido como Juan describió en su monólogo, hasta subir al escenario. Se dirige a EVA.)

NIÑO.- Hola. ¿Eres Eva?

EVA.- Sí.

NIÑO.- Yo soy Juan.

EVA.- Lo sé.

NIÑO.- Eres muy guapa.

EVA.- Y tú también eres muy guapo. (El NIÑO sonrío.) ¿No te lo habían dicho nunca?

NIÑO.- Sí..., pero nunca he creído que fuera de verdad. (Le acaricia la cara a EVA.) Me caes bien.

EVA.- (Acariciando al NIÑO, a su vez.) Y tú me caes bien a mí.

NIÑO.- Me gustaría poder quedarme contigo siempre.

EVA.- Puedes quedarte conmigo siempre.

NIÑO.- ¿Sí?

EVA.- Sí.

NIÑO.- Gracias... Te quiero, ¿sabes?

EVA.- Sí. (El NIÑO acerca su cara lentamente a la de EVA. Luego la separa y, lentamente también, le besa en la boca. Es un beso largo y tranquilo. EVA lo abraza del mismo modo.)

NIÑO.- (Separando la cara.) Ven. (EVA y el NIÑO se levantan y se dirigen al lado del escenario donde está JUAN. El NIÑO lleva de la mano a EVA como tirando suavemente de ella.) Hola, Juan.

JUAN.- Hola, Juan.

NIÑO.- (A JUAN.) Dame la mano. (JUAN le da la mano. Él la toma, la aprieta y la une a la de EVA, que lleva cogida con su otra mano. Quedan así los tres unidos. Después de mirarse en silencio:) ¡Llevaba tanto tiempo esperándoos! (Va subiendo la música lentamente. Los tres, EVA, JUAN y el NIÑO, se acercan hasta formar una piña, mientras cae lentamente el telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

